

## HOMILÍA FUNERAL DEL P. FERMÍN DONOSO ESPIC, C.S.C.

**Lecturas Bíblicas:** II Macabeos 12,43-46; I Corintios 15,51-5; Juan 11,21-27

Hoy al celebrar nuestra despedida del P. Fermín, en el fondo, estamos celebrando su liberación. Fermín ha sido liberado de la cárcel de su propio cuerpo que lo mantenía confinado e incomunicado durante estos últimos años. Es difícil imaginar cuánta frustración su condición debe haberle causado. Sin embargo, igual que lo hizo durante toda su vida, soportó su enfermedad con esa tranquilidad, calma y humildad que lo caracterizaban siempre.

Fermín ha sido liberado, y no podemos sino alegrarnos por él, aunque nos ha dejado una profunda tristeza. El vacío que ha dejado en nuestra comunidad, y a mí personalmente, es enorme. Porque, aunque no podíamos comunicarnos mucho con él durante este último tiempo, su presencia física fue un gran consuelo. En nuestros encuentros comunitarios estaba siempre presente en su silla de ruedas, aunque no podía participar opinando. Lo echaremos de menos enormemente.

Fermín nos ha dejado un legado y un ejemplo a seguir. Siendo una persona tan inteligente y tan preparada, nunca quiso brillar con luz propia; tomaba siempre el último lugar y sólo opinaba cuando se le pedía. Ocupó puestos importantes en la congregación y en la Iglesia chilena; fue dos veces superior del Distrito de Chile por un total de doce años, fue maestro de novicios, párroco en Lo Barnechea, Andacollo y Calle Larga. Durante 25 años fue juez del Tribunal Eclesiástico Nacional y llevó la investigación preliminar de algunos casos de renombre en Chile. Sin embargo, nunca habló de estas cosas, ni siquiera cuando uno trataba de sacarle palabras. Su calma y su tranquilidad, su humildad y su espíritu de servicio son un ejemplo para todos nosotros.

En la primera lectura escuchamos la historia de ese príncipe judío que hizo una colecta para hacer sacrificios por sus soldados muertos en batalla. Y se dijo que esa acción habría sido innecesaria e inútil, si él no creyera en la vida eterna. También nuestra presencia hoy en esta Eucaristía sería innecesaria e inútil, si nosotros no creyéramos firmemente en la vida eterna, en que Fermín no ha dejado de existir, aunque ya no está físicamente presente en medio nuestro, sino que ahora vive y vivirá para siempre. Ese cuerpo corruptible, como dice San Pablo en la segunda lectura, se ha convertido en incorruptible, y ese cuerpo mortal se ha convertido en inmortal. Fermín ya no está confinado en la cárcel de su cuerpo, está libre, libre para adorar y alabar a Dios para siempre.

En una situación parecida a la nuestra de hoy día, ante la tumba de su amigo Lázaro, Jesús le dijo a Marta, la hermana de Lázaro, como le dice hoy a Carmen: “tu hermano resucitará”. Y a continuación pronunció esa promesa que nos da consuelo y esperanza ante la muerte de un ser querido: “todo el que cree en mí, aunque muera, vivirá”. Fermín creyó con toda su alma durante sus casi 82 años. Su fe en Jesucristo lo llevó a dejar la profesión de abogado para ingresar a la vida religiosa, porque creía en el Señor. Durante toda su vida de religioso y sacerdote, vivió creyendo en el Señor, aún en los momentos más difíciles y oscuros que le tocó vivir, que no fueron pocos. No nos puede quedar la menor duda de que ahora está gozando de la visión de ese Señor que él prometió servir y sirvió durante toda su vida, en compañía de sus padres don Fermín y la Sra. Olga.

Fermín ha partido, está libre, y tenemos que alegrarnos por él, aunque su partida nos ha dejado una profunda tristeza y un vacío enorme.

Quisiera agregar que traigo los saludos y las condolencias de toda la comunidad de Calle Larga, donde el P. Fermín pasó muchos años como maestro de novicios y como párroco y donde es muy recordado y querido, y también de muchos sacerdotes y laicos de la Diócesis de San Felipe, donde sirvió como promotor de justicia, que han llamado para dar su pésame.

Por Padre Roberto Gilbo C.S.C